

hallar una exposición definitiva de la cultura y la sociedad contemporáneas, sólo encuentra una farsa que paraliza las ideas y convierte a los hombres en títeres cuya única misión parece ser el servir de blanco a la ironía del autor.

Por nuestra parte creemos que sería interesante extender el análisis que Alegría nos ofrece de los temas de *La Montaña Mágica* al resto de las novelas de Mann y aún de sus trabajos biográficos y filosóficos, a fin de averiguar si las características que el ensayista ve en dicha novela aparecen también en las demás obras. Creemos, además, que dada la calidad del presente trabajo, debiera traducirse al inglés, en beneficio de los estudiosos de Thomas Mann que no leen español.—MANUEL OLGUÍN, University of California, Los Angeles.



SOMBRA DEL PARAÍSO, por *Vicente Aleixandre*.—Ediciones Adán, Madrid.

Hay aspectos de este libro que denuncian una nueva manera poética, rasgos que, como dice Dámaso Alonso, aun no han sido estudiados.

Vicente Aleixandre, cuya trayectoria poética empieza en *Ambito*, ha pasado por dos estadios antes de alcanzar la altura de *Sombra del Paraíso*. El cierra su primer ciclo con su primera obra. Como el propio poeta confiesa, hay un abismo entre *Ambito* y *Espadas como labios*, su segundo libro. En realidad la posible personalidad de Aleixandre empieza aquí. El poema pierde su anécdota, entra en el terreno del subconsciente, atraviesa zonas aun no tocadas, va hacia el fondo del mar, retrata sarcásticamente a las damas sentadas en un salón de fines de siglo, habla de los hombres que van a América: todo esto envuelto en un ambiente de sueño, como si el poeta mirara todas las cosas con un espectral aparato de Rayos X. El poema, liberado

de las ataduras reales de la vida—en cuyos elementos sin embargo se apoya—aparece a los ojos del lector con una vida nueva, que no se encuentra en nuestro mundo y que, sin embargo, contiene muchos elementos de él. Pero, como ha señalado Pedro Salinas, el poema no está totalmente sumergido en el subconsciente; no hay automatismo total y por lo tanto no está inmerso en el mundo del surrealismo. Una profunda unidad interior, un campo que recoge todas las posibles imágenes dispersas, llevan al poema a elevarse sin que éste se disgregue. En un lado, están las palabras corriendo sin ataduras, libres, soberanas de su mensaje; en el otro, hay una libertad que nace en el subconsciente, pero que camina ligada por la soterrada unidad que corre en el fondo del poema.

Igual cosa sucede, más o menos, en su libro de prosa poética. Hay en *Pasión de la tierra* el mismo aparente desorden que en *Espadas como labios*. Pero no puede desprenderse del mundo exterior que lo rodea inexorablemente. De la tierra brota todo el amor que el poeta pone en el mensaje que cree disperso. El cuerpo desnudo de la mujer, por ejemplo, puede atraer innumerables voces distintas. Pero es precisamente el cuerpo el que está actuando como centro definitivo del poema.

Por lo demás Aleixandre no cree en el dominio absoluto del subconsciente. Siempre, quiérase o no, se deslizan en el poema elementos que no puede eliminarse y que el poeta tiene que recibir. Es, en definitiva, el castigo que se impone al poeta por tratar de dominar la tierra; ésta termina siempre por rodearlo. Poco valen, aunque sólo sean como alardes poéticos, las voces de desdén para con ella, los insultos o la risa despectiva. Pasa el tiempo y las montañas permanecen. O las estrellas. Ellas aumentan su conocimiento. El hombre, en cambio, ve que algo se escapa definitivamente de él. El tiempo le enseña a respetar aquello que permanece aún más que su propia obra. Por eso algunos poetas—los menos—vuelven sus ojos hacia la tierra, que un día los sustentó y a la que habían olvidado.

El regreso hacia ella puede producirse desde el cielo de la infancia. La inocencia, que muchos poetas habían perdido, regresa de nuevo hacia ellos para enseñarles el camino de una redención. En Vicente Aleixandre aparecen ahora seres virginales, primigenios, desnudos de todo elemento oscuro:

«Vosotros conocisteis la generosa luz de la inocencia.

Entre las flores silvestres recogisteis cada mañana
el último, el pálido eco de la postrer estrella.

Bebisteis ese cristalino fulgor,

que como una mano purísima

dice adiós a los hombres detrás de la fantástica presencia
montañosa.

Bajo el azul naciente,

entre las luces nuevas, entre los puros céfiros primeros,

que vencían a fuerza de candor a la noche,

amanecisteis cada día, porque cada día la túnica casi
húmeda

se desgarraba virginalmente para amaros,

desnuda, pura, inviolada».

En Luis Cernuda hay ahora una especie de penitencia que asoma de vez en cuando. Es Jean Giono que se aparta de todos los refinamientos de la capital francesa, y en el que asoma un nuevo sentido de la existencia. Es Lawrence pidiendo por la comunión definitiva con la tierra, con los viejos mitos, con las civilizaciones perdidas, es decir con lo que el hombre contemporáneo ha perdido: la vida primitiva en constante unión con la naturaleza, con los puros elementos, con la sencilla existencia de los seres que viven aparte de la civilización. Hay grandes poetas que están inmersos en el gran río de su vida, en la vida que les tocó, de la que toman sus elementos, en la que colocan sus plantas y en la que permanecen. Hay otros que viven aparte de la vida que se les dió en el reparto de los siglos. Ellos repudian

la civilización y, en realidad, se adelantan a los años. El mundo en que viven no es el mundo de ellos. ¿Holderlin? ¿Bécquer? Viven ahora, pero no vivieron; la vida que llevaban dentro les comunicaba con un mundo nuevo, hacia una nueva edad de oro. En fin, son ellos los únicos que permanecen. Sabían que la tierra iba a seguirles, que el hombre iba a encontrarse un día a solas. Esa es la visión nueva de Vicente Aleixandre. Pasión de la tierra, en sus comienzos. Sombra del paraíso, ahora. Pero una sombra que viene de un paraíso nuevo, que él quiere para un hombre también nuevo.

Apuntaban ya en *La destrucción o el amor* los signos de una caída hacia los elementos terrestres más primarios, hacia los animales que poblaban una selva, hacia los peces de las más profundas cavidades submarinas. A las voces aérea de los ciclos: a la luz. Hacia el amor, que aquí, como en nuestro Unamuno, equivale a destrucción. Ansia de amar o de inmortalidad. Y en el fondo ansia de fundirse con el gran amor de la tierra. La muerte, que es española, se confunde con el mar. El poeta desea morir frente al mar. Pero ya estamos lejos de las visiones espectrales de *Espadas como labios*. De aquellas damas del salón, «sentadas sobre una lágrima» (*), que ven danzar a sus hijas con gestos cansados. El tema del vals vuelve de vez en cuando, como en la soñolienta obra de Maurice Ravel.

Después de *La destrucción o el amor*, el poeta regresa hacia aquellos seres puros que apuntaban en sus primeras obras. «Los inmortales» son una serie de poemas que rodean a los elementos primarios del mundo: el fuego, la tierra, la lluvia, el sol. Ya se ve aquí la intención del poeta, que quiere llegar a una concepción paradisiaca del mundo.

Tal es su deseo, que cumple perfectamente en esta extraordinaria obra de poesía española.—MIGUEL ARTECHE.

(*) Verso citado por Aldous Huxley en *Contrapunto*.